

los casos particulares, los que variando sin cesar, han so-
lido engañar á los médicos por semejanzas engañosas; que
el arte de preguntar á la naturaleza, y el de esperar su
respuesta, que es mas difícil todavía, no se aprende, ni en
el polvo de la escuela, ni en las obras de los filósofos y
prácticos. Aun no conoce el discípulo esta naturaleza,
pues solo la ha considerado hasta aquí en su vigor, y ca-
minando á sus fines sin obstáculo. Llévadle ahora á
aquellas mansiones del dolor, donde cubierta de las som-
bras de la muerte, expuesta á los ataques violentos del
enemigo, cayendo y levantándose para volver á caer, ma-
nifiesta al observador sus necesidades y sus recursos. Tes-
tigo de este combate y espantado de verle, el discípulo os
verá observar y aprovechar el momento, que puede fijar
la victoria y decidir de la vida del enfermo. Si dejais por
algunos instantes el campo de batalla, le mandareis que-
darse en él, observarlo todo, y daros despues cuenta, ya
de las mudanzas ocurridas en vuestra ausencia, ya del mo-
do con que él creyó que debia acudir á remediarlas.

Obligándole á asistir frecuentemente á estos espectá-
culos terribles é instructivos, le iniciareis todo lo posible
en los íntimos secretos de la naturaleza y del arte. Mas
no basta esto. Cuando por un corto salario le adoptasteis
por discípulo, juró conservar una pureza inalterable en sus
costumbres y en sus funciones. Que no se contente con
haber hecho el juramento; porque jamás cumplirá con las
obligaciones de su estado, sin sus virtudes. ¿Y cuáles
son estas? casi ninguna exceptúo, porque el honor de su
ministerio está en que exige casi todas las prendas del
alma y del corazón. En efecto, si no hay confianza en su
juicio y prudencia, ¿qué padre de familia le llamará sin
temor de introducir en su casa un espía ó un intrigante,
ó un corruptor de su muger é hijas? ¿Cómo se contará
con su humanidad, si se acerca á los enfermos con una
alegría irritante, ó con un humor áspero y sombrío; con
su firmeza, si por una adulacion servil, contemporiza con
su repugnancia, y cede á los caprichos; con su prudencia,
si ocupado siempre en el adorno de su persona, cubierto
siempre de aguas de olor y vestidos magníficos, se le vé

andar de ciudad en ciudad, para recitar discursos en ho-
nor de su arte, atestados de testimonios de poetas; con
sus luces, si á mas de aquella justicia general que el hom-
bre bien criado observa con todos, no posee la que el sá-
bio hace consigo mismo, y que le enseña que en medio
del mayor saber, se halla aun mas esterilidad que abun-
dancia; con sus intenciones, si le domina un loco orgu-
llo, ó aquella rastrera envidia, que nunca fué el patrimo-
nio del hombre superior; si sacrificando todas las consi-
deraciones á su interes, se entrega solamente al servicio
de los ricos; si autorizado por la costumbre á arreglar sus
honorarios desde el principio de la enfermedad, se obsti-
na en concluir el ajuste, aunque el enfermo empeore á ca-
da momento?

Estos vicios y defectos caracterizan principalmente á
esos hombres ignorantes y presuntuosos, que llenan la
Grecia y degradan la mas noble de las artes, haciendo un
tráfico con la vida y la muerte de los hombres; impostos
res tanto mas perjudiciales, cuanto menos pueden perse-
guirlos las leyes, y humillarlos la ignorancia.

¿Quién es, pues, el médico que honra su profesion? El que
mereció la estimacion pública por su profundo saber, lar-
ga experiencia, probidad exacta, y vida irreprochable;
aquel que mirando á todos los hombres como iguales á
los ojos de la Divinidad, corre apresurado á su voz, sin
excepcion de personas, les habla con dulzura, les oye con
atención, sufre sus impaciencias, y les inspira aquella con-
fianza que basta á veces para darles la vida; aquel que
penetrado de sus males, estudia con obstinacion sus cau-
sas y sus progresos, no se turba con los accidentes im-
previstos, se cree obligado á llamar en caso necesario á
algunos de sus compañeros, para aconsejarse de ellos;
aquel, en fin, que despues de haber luchado con todas sus
fuerzas contra la enfermedad, se tiene por feliz y es mo-
desto en el buen éxito, y á lo menos puede felicitarse en
los reveses, de que suspendió los dolores y dió consuelos.

El siguiente comentario de Galeno al médico filósofo de
Hipócrates aunque nada nuevo dice, pone de manifiesto el
modo con que los antiguos entendieron la doctrina hipo-

crática, el grande aprecio que hacian del Padre de la medicina, y cómo procuraban difundir y perpetuar sus dogmas: por esto me ha parecido bien añadir aquí este famoso documento. Para traducirlo me he valido de la version latina que hizo el célebre helenista Carlos Gottlob Kiihn comparándola con el texto griego, que él mismo publicó en 1821 en la ciudad de Leipsik.

DE GALENO. Que el médico perfecto sea tambien filósofo.

Muchos médicos hay que imitan la costumbre de aquellos atletas, que, deseando salir vencedores en los juegos olímpicos, nada hacen para alcanzar su deseo. Alaban á Hipócrates y lo tienen por su príncipe; pero todo hacen, menos imitarlo. El dijo, que á la medicina comunica no pequeña parte la astronomía, y que esta todo lo recibe de la geometría, por lo que los estudios médicos deben comenzarse por ella: mas nuestros médicos no solo se apartan de lo que dijo Hipócrates; sino que reprenden á los que hacen las cosas como él mandó. Hipócrates dijo tambien, que ha de tenerse un pleno conocimiento de la naturaleza del cuerpo humano, porque este conocimiento es el principio de todo orden en la medicina; mas ellos ponen tan poco cuidado en esto, que no solamente desconocen la sustancia de las partes del cuerpo, su formacion, su magnitud, su enlace y sus relaciones; sino que ignoran, ciertamente, hasta su colocacion: cuando Hipócrates nos exhorta á una racional contemplacion, nos advierte: que por no conocer la division de las enfermedades por géneros y por especies, sucede con frecuencia que los médicos se apartan del verdadero fin de su arte; pero los médicos de nuestra edad de tal modo se apartan de este cuidado, que aún reprenden á los que emplean en él su trabajo, como que tocan cosas inútiles: Hipócrates dice que debemos tener muchísima prudencia para elevarnos al conocimiento de las enfermedades, tomamdo en consideracion lo que ha precedido, el estado actual y lo que haya de tener despues el cuerpo enfermo; mas los médicos de ahora tan mal fijan su atencion en esta parte de la medicina, que si alguno ha pronosticado un flujo de sangre por la nariz, ó un sudor,

exclaman: Este habla una cosa grande y admirable contra la opinion de todos; menos se fijan en si se han predicho otras cosas; mucho menos piensan en ordenar la especie y cantidad de alimento que se ha de dar, para el vigor futuro del enfermo; no obstante que Hipócrates juzga ser esto muy digno de tomarse en cuenta.

¿Qué cosa queda en que ellos imiten á este baron? Ciertamente que no es en la gravedad ni en el modo sentencioso de hablar, cuya fama él ha conseguido, pues los médicos modernos de tal manera se han apartado de esta virtud, que se les vé con frecuencia, (trabajo cuesta creerlo,) cometer dos faltas en una misma palabra. Buscando la causa de estas cosas, juzgué que estos, aunque admiran al varon, se apartan mucho de la leccion del escritor, ó que si alguno lee sus escritos no los entiende, ó entendiéndolos no junta á la inteligencia la práctica de lo que ha entendido, para confirmar la disciplina y enderezarla hácia la buena costumbre; teniendo averiguado, que para conseguir gran fama, es necesario unir la voluntad á la potencia; y sabiendo que el que carece de una de estas dos cosas, es preciso que se engañe y no consiga jamas el fin que se propone. Así es que, sin apartarnos del ejemplo de los atletas, vemos que estos no pueden conseguir lo que desean, ó porque les falta la habilidad innata del cuerpo, ó porque no ejercitándola la han dejado desfallecer; pues si el atleta tiene la habitud del cuerpo, necesaria para alcanzar la victoria, y si la ha ejercitado convenientemente, ¿qué cosa puede haber que le impida llevar la corona del certámen? ¿Por ventura los médicos de nuestros tiempos están tan pobres de una y otra de estas dos cosas, que no les sea posible tener una voluntad y una inteligencia dignas del estudio del arte?

Ageno de toda razon me parece que en este tiempo ninguno nazca con la capacidad necesaria para un arte tan humano, supuesto que el mundo sea el mismo que fué en los tiempos antiguos, las estaciones del año guardan el mismo orden, el sol recorre círculos que de ningún modo han variado; y que cada estrella, fija ó errante, tenga la misma razon de su estado. Mas razonable es creer que en esta edad ninguno se hace tal como Fídias entre artífices, co-

mo Apéles entre pintores y como Hipócrates entre médicos, por la mala educación que los hombres usan en estos tiempos, y por haber antepuesto el amor de las riquezas al amor de las virtudes; luego facilísimo sería que nosotros, á quienes aconteció nacer después de aquellos varones antiguos, y recibir de ellos artes tan útiles, aunque no se nos hayan dado mejores disposiciones, aventajáramos mucho si aprendiendo en poco tiempo lo que Hipócrates tardó muchos días en descubrir, consumiéramos lo que nos quedara de vida, en buscar aquellas cosas que aun faltan á nuestra ciencia.

El que se dió mas á las riquezas que á la virtud y pidió el arte, no para merecer bien de los hombres, sino para merecer sus quejas; no puede esperar, ni pretender el fin que el arte se propone; el cual si nosotros lo deseamos antes que lleguemos á conseguirlo, otros se enriquecerán, porque no podemos á un mismo tiempo dedicarnos á reunir dinero y á ejercer una ciencia tan grande, como es la medicina. El que desea con mucha fuerza una de estas cosas, es necesario que desatienda la otra. ¿Qué se sigue de esto? ¿Por ventura en nuestro siglo podemos encontrar alguno, que desee tener solamente lo que sea bastante para los usos necesarios de la vida? ¿Acaso podemos encontrar quien nos enseñe, no con fingidas palabras, sino con los propios ejemplos de su vida, que el verdadero objeto de las riquezas, conforme á lo que es natural, no debe ser otro sino el de alejar de sí el hambre, la sed y el frío? Si hay alguno que se porte de esta manera tan filosófica, este despreciará tanto el poder de Artagerges como el de Perdicas, no irá á la presencia de aquel; pero como legítimo sucesor de Hipócrates, curará á los que se encuentren enfermos. No solamente hará esto, sino que, á costa de penalidades, se marchará á Cranon y á Tasso, y á otros muchos lugares para curar allá los enfermos pobres de aquellos remotos países: dejará á Polybio y á otros discípulos con los ciudadanos y la gente de Coos, y él recorriendo toda la Grecia hará y escribirá muchas y grandes investigaciones, (porque conviene para el bien comun, que escriba sobre la naturaleza de los lugares,) para comprobar

con la práctica lo que le enseñó la teoría: es necesario que él vea con sus propios ojos las ciudades, y note cuidadosamente, ya las que miran al Sur, ya las que están expuestas al Norte, ya las que se inclinan al Oriente y ya las que caen hácia el Ocaso; fijando su atención en la que esté colocada en un bajo, en la que ocupe un lugar elevado, en la que está expuesta á la acción de las aguas, ya sea bañada por ellas, ya corran estas á la ribera del mar, ya manen de fuentes, ya caigan del cielo; ó ya reboseen de los estanques ó de los rios: visitará tambien aquellas ciudades que tienen su lugar junto á un gran rio, á la orilla de un lago, cerca del mar ó próximas á los montes: investigará si la que es fría, hace uso de aguas muy frías, si alguna se sirve de aguas calientes, si otra lo hace de nitrosas ó aluminosas, y notará todo cuanto haya de notable: en suma, para escribir de cada una en particular, conviene que considere bien todo lo que el mismo Hipócrates y nosotros hemos enseñado.

Si hay un médico que quiera obrar de esta manera, es necesario, que no solamente desprecie las riquezas, sino que se dé muchísimo al estudio, trabajo é industria de su arte. Mas no le será lícito emborracharse, hartarse de manjares, entregarse á la Venus, ni á ningun otro vicio aunque sea oculto: si alguno es verdadero médico, ha de ser amigo de la verdad y de la templanza, ha de usar de un método racional, conocer cuantos son los géneros y especies de las enfermedades y saber de que manera han de tomarse las indicaciones de los remedios en cada una de ellas: por este mismo método llegaremos á conocer la naturaleza del cuerpo, de que elementos primitivos están compuestas las partes, cuales se relacionan entre sí, cuales se componen de elementos secundarios, y cuales son sensibles, y (usaré de este nombre técnico) las que se llaman similares; y, finalmente, cuales están llenas de materia orgánica. Así tambien por este método conoceremos, qué utilidad resulta de este género de partes, y que acción ejercen en los animales: Todas estas cosas conviene no dejarlas inexploradas, sino conocerlas bien por la demostración.

¿Qué mas hay que decir? ¿Le falta algo á este médico para ser filósofo, á este médico, digo, que ejerce su profe-

sion con un trabajo digno de Hipócrates? Si para conocer la naturaleza del cuerpo, las diferencias de las enfermedades, y las indicaciones de las cosas que pueden ser de algun auxilio, se necesita emplear una contemplacion racional; para ordenar y retener los conocimientos y la industria del arte, se necesita que desprecie las riquezas y use de mucha templanza. Entonces tendrá ya todas las partes de la filosofía, tanto lo que toca al método de argumentar, que los griegos llaman lógica, como lo que pertenece al conocimiento de la naturaleza, que llaman física, y lo concerniente á las costumbres, que llaman ética.

No será tanto de temer que cometa una accion torpe ó viciosa el que desprecia las riquezas y usa de templanza, porque los hombres comunmente caen en estos yerros impulsados por la avaricia y obligados por la voluptuosidad.

Necesario es que el tal hombre tenga todas las virtudes, pues todas están enlazadas entre sí, y no debe dejar de tener una el que tiene las demas; porque todas están estrechamente unidas con un mismo lazo. Luego el médico para aprender el arte y ejercerlo necesita absolutamente de la filosofía, ó queda la duda de si el que es médico debe ó no ser filósofo. No creo que esto necesite de la demostracion, cuando vemos con frecuencia que no faltan algunos tan codiciosos del dinero que, convirtiendo en detestable abuso el noble fin del arte, mas bien parecen encantadores que médicos.

¿Serás acaso tan ligero y tan amante de disputar sobre vagatelas, que digas que el médico ha de ser justo, moderado, continente, despreciador de los dineros, conocedor de la naturaleza de los cuerpos, de la accion de los instrumentos, de las diferencias de las enfermedades y de la indicacion de los remedios; y que todo esto ha de hacerse sin sugetar su práctica á una disciplina racional y justa? ¿Acaso conociendo á fondo estas cosas no te dará vergüenza disputar de solo los nombres? Preciso es, pues, que convengas en que no hemos de disputar de solo las voces, como el Cuervo y el Grajo; sino que debemos emplear todas nuestras fuerzas en la investigacion de la verdad. No tienes razon para negar, que un buen cosedor y un tejedor

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

pueden hacerse sin disciplina y sin grande ejercicio; pero no podrás decir que de repente apareció un hombre justo, moderado, perito en demostrar, que conoce la naturaleza de las cosas; y todo esto sin habersa valido de la erudicion de un maestro y del conveniente ejercicio: si esto es una desvergüenza, aquello es propio de un hombre que disputa de las palabras y no de las cosas.

Ciertamente nosotros debemos emplear nuestros primeros estudios en la filosofía, si queremos ser verdaderos imitadores de Hipócrates: si lo hacemos así, nada impedirá que lleguemos á ser, no solamente semejantes á él, sino algo mejores, sabiendo todo lo que él dijo, y trabajando hasta encontrar las cosas que faltan al arte.

REGLAS PARA LA PRACTICA

DE LA MORAL MEDICA.

EL MEDICO EN LA SOCIEDAD.

Ante todas cosas es necesario que el médico se haga un buen lugar en la sociedad, pues como hombre público necesita tener muy buena reputacion; y si no logra adquirirla debe considerarse enteramente perdido. Para alcanzar esta buena reputacion es necesario que lleve una vida muy arreglada, cumpliendo fielmente con las obligaciones de su estado, respetando á todos, sugetándose á las leyes, no perjudicando ni molestando á persona alguna, sin ofrecerse ni negarse á nadie en particular, sirviendo con la mayor exactitud y con agrado á los que lo ocupen, sufriendo con paciencia las incomodidades y trabajos propios de su oficio, tolerando los defectos ajenos y corrigiendo los propios. Debe huir de todo lo que perjudique su reputacion, sin dar jamas motivo para que piensen mal de él. Las gentes no pueden calificarlo por su talento y su saber, que no les es dado penetrar, y han de calificarlo por su modo de portarse en el mundo; y no se equivocan, porque si es malo y se porta indignamente, es señal de que piensa mal, es decir, que es tonto, y por tanto no merece la confianza de nadie.

Ademas, que aun suponiendo una buena inteligencia, si se da á los vicios la perderá, pues bien sabido es que la embriaguez, la disolucion y el juego no solamente quitan el crédito y el tiempo; sino que tambien enferman el cuerpo, debilitan el espíritu, anouadan la inteligencia y reducen al hombre á la nulidad: luego no va tan descaminado el público con juzgar mal de los malos y creer que el que es mal ciudadano no puede ser buen médico. Pórtese, pues, bien el que ha de servir al público, para que piensen que así como es buen hombre y buen ciudadano, será bueno en lo demas. Tambien le es necesario para hacerse buen lugar como médico, y poder tratar muchos enfermos, y adquirir buena práctica, que no se muestre muy amante del dinero y ejerza su profesion con liberalidad, pues ha dicho muy bien el célebre Húfeland: "Es necesario evitar todo lo que tenga asomos de avaricia, porque este vicio envilece al profesor y á la ciencia, ahuyenta á las gentes de pocos medios, y se opone á la buena fama, la cual vale mas, sin disputa, que todas las riquezas."

Quando el médico es llamado por los jueces para que illustre ciertos hechos con las luces de la ciencia, es decir, para que ejerza funciones de médico-legista; necesita estar adornado de tres cosas, que son: probidad, firmeza de carácter y mucho saber. La probidad le servirá para fijar en su ánimo, como objeto único, el amor á la verdad y el interés de descubrirla: la firmeza le hará resistir al influjo de las personas, del temor, de la compasion, del dinero y de cuanto pueda separarlo del fin único que debe tener, que es descubrir la verdad: y el mucho saber le dará los medios de cumplir con su mision. La probidad y la firmeza se adquieren con el continúa ejercicio de estas virtudes; y el mucho saber se adquiere habiendo estudiado y estudiando, y habiendo pensado y pensando siempre.

Quando el médico sea llamado para ver un herido, si el juez no ha tomado conocimiento de aquel caso, el médico debe darle aviso y esperar á que dé fé de las heridas para curarlas; pero si de esperar estas diligencias puede seguirse algún daño al herido, entonces lo curará inmediatamente y despues dará el parte al juez.

Suele decirse, que ninguno está obligado á ser sabio ni á ser héroe, pues yo diré que el médico es la excepcion de esta regla general, porque su profesion, su juramento y el bien de la humanidad exigen de él que sea sabio y que sea héroe. Si no sabe todo lo que debe saber, no es médico; y si la suerte lo coloca ante una enfermedad contagiosa, en un campo de batalla ó en un pueblo que sufre una epidemia, tiene que portarse como un héroe: es necesario que arrostre los peligros y se entregue á trabajar dia y noche sin descanso, porque de otro modo no cumplirá sus deberes.

Conviene que el médico en sus conversaciones, en sus escritos y de cuantas maneras pueda, procure difundir los conocimientos higiénicos, y promueva todo aquello que puede mejorar la salud pública y la particular de las gentes del pueblo en que habita y de los demas que pueda, pues este es un medio seguro de hacer bien; y no olvide jamas que debe guardar en secreto todo aquello que convenga que no se divulgue.

EL MEDICO A LA CABECERA DEL ENFERMO.

Quando el médico sea llamado para ver un enfermo debe ir sin dilacion. Para no cumplir este precepto solamente podrán servirle de excusa la falta material de tiempo y el estar enfermo.

Quiere Hipócrates, que el médico vaya á la casa del enfermo vestido decentemente y muy limpio, que no vista con demasiada elegancia porque no lo crean superficial y casquivano, ni se presente desaliñado y sucio, porque no dé asco á las gentes. Su porte debe ser grave sin afectacion y jovial sin chocarrería. Tratará á todos con atencion y franqueza y mostrará mucho interes por la salud del enfermo. Ya constituido á la cabecera del paciente, no olvide que el fin supremo de su arte es el bien de la humanidad; ni olvide tampoco el precepto que nos dejó Hipócrates en su libro 1º de las epidemias: "Si no puedes hacer bien, á lo menos no dañes." Galeno al comentar este pasage dice: "Hubo un tiempo en que yo miraba este precepto como de poca importancia é indigno de Hipócrates; parecíame de-